

«tan orgulloso que resolvió danzar en el mismo cielo; escogió para dama suya una estrella que ordinariamente pasaba en sentido contrario á una montaña en la que aquel permanecía una buena parte del tiempo. El coyote pidió á la estrella que le cogiera por un pié y le hiciera una noche dar la vuelta al mundo. Pero la estrella se echó á reir, y le guiñaba de cuando en cuando el ojo de una manera por demás provocativa. El coyote perseveró con importunidad en su demanda; ladrando que te ladra á la estrella en toda la extension del cielo, hasta tanto que la centelleante estrella, fatigada de esta gresca, le dice que se estuviese quieto, que ya vendria por él al otro dia. A la noche siguiente la estrella pasó por junto la roca donde esperaba el coyote que de un salto pudo cojerla. Así marcharon danzando entrambos á través del cielo azul. Durante algun tiempo fué un espectáculo divertido, pero, en fin, hacia un frio demasiado vivo para un coyote terrestre, y era un espectáculo terrible mirar desde lo alto el ancho Klamath serpenteando como la cuerda aflojada de un arco, y los pueblos de los Cahrocs parecidos á puntas de flechas. Pobre coyote: su pata entumecida soltó su brillante compañera; negra es la que ahora danza con él: su nombre es la muerte. Diez meses puso el coyote cayendo, y cuando dió en tierra, quedó aplastado como una hoja de sauce. Los coyotes no han de bailar con las estrellas.»

Si ahora recordamos que todas las razas incivilizadas ó semi-civilizadas creen que el cielo descansa sobre la cúspide de las montañas ó que está muy próxima á los mismos, y que el espíritu crédulo de los hombres primitivos aceptaba sin escrúpulo que se pudiera alcanzar el cielo de la manera que dice la leyenda, ya no nos parecerá incomprensible que se hayan identificado estrellas con personas. Aun cuando la historia del legendario coyote acabe con una catástrofe, nada hay empero que obligue á atribuir á los otros animales legendarios que marcharon al cielo un fin tan desastroso. Desde el momento que se conocen las alturas y los grupos de estrellas que se levantan detrás de ellas para aquellos de quienes hablan las leyendas, fácilmente se admite que los animales antecesores que á él subieran se hayan trocado en constelacion. Hé aquí, por lo ménos, una explicacion plausible de una cosa que nos parece rara, á saber, que se haya dado, en los primeros tiempos, nombres de animales y de hombres á grupos de estrellas cuyo aspecto no los recuerda en modo alguno.

Posible es que en este caso como en otros haya desempeñado el principal papel una falsa interpretacion de los nombres propios y de los títulos metafóricos. Wallace nos dice que una de las tribus del rio Amazonas se llama «las

estrellas.» El rajah Brooke tradujo el nombre de un jefe dayach con esas palabras, «oso del cielo.» En las inscripciones asíricas, Tiglath Pileser se llama «constelacion brillante,» «el jefe de las constelaciones.» No es, pues, improbable que, en los primeros tiempos, se haya acabado por identificar á ciertos hombres con determinados astros solo por haber admitido las leyendas en que tales nombres figuraban en su sentido literal.

Tan pronto, pues, se admita la identificacion del antecesor con ciertas estrellas, sea aquél animal ú hombre, desde el momento que se le suponga que subió al cielo, tenemos la clave de los sueños de la astrología. Parece que el padre de una tribu, transportado al cielo, todavía se ocupa de sus descendientes; pero por lo contrario se tendrán como hostiles á todos los antecesores de otras tribus, cuando la conquista ha unido á varias de ellas para formar una nacion. De aquí puede resultar la buena ó mala fortuna del individuo que nace bajo la influencia de tal ó cual estrella.

Supuestos los cielos accesibles, de la misma fácil manera llegó á identificarse la luna con un hombre ó con una mujer. Debemos, pues, esperar gran abundancia de leyendas en las que la luna esté representada por un sér de origen terrestre.

Algunas veces se ha creido que el personaje legendario residia en la luna, como por ejemplo los Loucheux, rama de los Tinnehs, que le dirigian sus preces para que les favoreciera en la caza, quienes le decian que ella «vivía antes entre ellos bajo la forma de un pobre y desarrapado muchacho.» Pero lo más frecuente es encontrar la relacion de una pretendida metamórfosis. Segun Hays, los Esquimales creen que el sol, la luna y las estrellas «son espíritus de los Esquimales difuntos, ó de sus animales.» Angas nos dice que «los Australianos del Sud creen que el sol, la luna, etc., son seres vivos que antes habitaron en la tierra.» Se vé, pues, que ciertas razas inferiores, que no poseen el culto de los cuerpos celestes, los han sin embargo personificado identificándoles de una manera vaga con los antecesores en general. Entre ellos no se encuentra biografía alguna de la luna; pero se encuentra entre otras razas, en especial entre las que ya están más adelantadas para poder conservar las tradiciones. Los Chibchas dicen que cuando Chia estaba en la tierra enviaba el mal, y que Bóchica que los ha instruido y que han divinizado «se la llevó al cielo, para hacer de ella la mujer del sol y alumbrar las noches, sin dejarse ver de dia,—á causa de las cosas malas que habia enseñado—y que desde ese tiempo hay una luna.» Mendieta nos dice que los Mejicanos explicaban la creacion de la

luna de la manera siguiente: «Un hombre se arrojó al fuego y salió el sol, al mismo tiempo otro entró en una caverna y salió la luna.»

¿Tiene por ventura la identificación de la luna, con personas que vivieron en otro tiempo, por causa un error de interpretación? Razones hay para creerlo, aun cuando no tuviéramos de ello prueba directa alguna. En las mitologías de los pueblos salvajes y semi-civilizados, se representa comunmente á la luna con el sexo femenino y no con el masculino. No hay necesidad de citas para hacer que el lector recuerde que en poesía se ha comparado á menudo á una bella mujer con la luna, ó bien se le ha dado metafóricamente el nombre de luna. De ello se puede concluir que desde los primeros tiempos se ha hecho uso de la palabra luna como de una expresion de lisonja para una mujer. De modo que desde ese momento basta una identificación errónea entre la persona y el objeto, para dar origen al mito lunar, por donde quiera que el recuerdo de la mujer así llamada, se conserve en la tradicion.

A lo que acabamos de decir, que no es más que un argumento hipotético, podemos añadir una prueba definitiva basada en un hecho. Que se haya usado del nombre de la luna ó no como expresion galante, lo cierto es que ha servido para dar nombre á los niños. Entre los nombres enumerados por Mason que dan los Karens á los niños, hay el de «luna llena.» Se sabe que los pueblos acostumbrados á designar los niños con un nombre tomado de un accidente de su nacimiento, se sirven, por ejemplo, como sucede en África, de los nombres de los días de la semana, y como lo hemos visto de otros, tambien se hace uso de nombres de ciertos momentos del día, lo mismo que de las fases de la luna. Como son muchos los pueblos que tienen esta costumbre, es probable que no hayan sido raras las ocasiones en que se han dado nombres tomados de las fases de la luna, y que tampoco lo habrán sido aquellas en que por error se haya identificado á ciertas personas con la luna, como consecuencia de una errada interpretación del nombre.

Y aquí conviene notar un hecho de gran significacion, que está en correspondencia con lo dicho. Los nombres propios tomados de la luna recuerdan la salida ó la puesta de la misma, ó una de sus fases, reciente, llena ó menguante: es decir, que indicarán un estado de la luna mejor que la luna misma. Ahora bien; parece que la diosa egipcia, Busatis, era la luna nueva—segun ciertos datos tal vez hay que ver en ella la luna llena—en todo caso una fase de la misma. El símbolo de Artemis implica tambien una restriccion de mismo género, como tambien el de Seleno. Y Mr. Cox, en su *Mitología Aria*, nos dice que Io es la «cornuda por excelencia,» ó sea la luna nueva: Pandia

por lo contrario es la luna llena. ¿Cómo, pues, concordar esos hechos con la interpretación corriente? ¿La tiranía de la metáfora se extiende hasta poder por sí misma imponer ese cambio de personalidad?

Naturalmente, hay que esperar de lo dicho el que demos con más de un ejemplo de haberse personificado en el sol, lo mismo que en las estrellas ó en la luna, á tal ó cual sér humano tradicional.

Ya algunas de las citas que hemos hecho á propósito de la luna permiten creerlo así, pero los hechos que ahora vamos á citar lo implicarán de una manera más clara. El padre primitivo de los Comanches, parecido á ellos pero de una talla gigantesca, vive, segun dicen, en el sol. De la misma manera «los Chichimicas llaman al sol su padre. En Bancroft leemos á propósito de los Olchones: «Se principia á encontrar aquí al sol en relacion, ó identificado por el nombre, con ese gran espíritu, ó mejor con ese hombre grande que ha hecho la tierra y gobierna el cielo;» y nos dice tambien que los Tinnehs creen «en un espíritu bueno llamado Tihugen, «mi antiguo amigo,» que se cree que reside en el sol y en la luna.» En la lengua de los Salives, una de las tribus del Orinoco, el nombre del sol significa «el hombre que está encima de la tierra.» Entre los pueblos americanos ménos civilizados, todo lo que se encuentra es una creencia vaga en la inmigracion de una persona hácia el cielo luego de haber pasado su existencia en la tierra. La idea que de ello se forman se parece bastante á la que tenían los Barotses, á quienes habiendo preguntado Livingstone si un halo que veía alrededor del sol anunciaba la lluvia, respondieron: «Oh, no; es Barino—dios ó espíritu de los muertos—que ha convocado un picho; ¿no veis que se han formado en círculo alrededor de su señor? Los Barotses sin duda creían que lo mismo que el resto de la asamblea celeste, habia vivido otra vez en la tierra, tambien su jefe habia pasado en ella su vida. Pero entre los pueblos más avanzados en civilizacion y cuyas tradiciones se han ido desarrollando en proporcion, la personalidad del sol se afirma claramente.

Escribiendo sobre los Mejicanos, dice Camargo:

«Segun los Indios de Tlascalá, el sol era un dios tan infestado de lepra y tan enfermo, que apenas podia moverse. Tuvieron piedad de él los otros dioses y construyeron un gran horno en el que encendieron un fuego enorme, para librarle, purificándole á la vez, de dicho mal.»

Segun Bancroft, la tradicion Quiche añade que, en su consecuencia, «no hubo sol durante muchos años.»

«Los dioses reuniéronse en vista de ello en un punto llamado Totihuacan, á seis leguas de Méjico, alrededor de un gran fuego, y dijeron á sus devotos que aquel de entre ellos que se arrojase primero á aquel fuego, tendria el honor de ser transformado en sol.»

Entre los Zapotecas existe una leyenda relativa al cacique antecesor de Ulizteca, poderoso arquero que

«tiró contra el gran luminar hasta tanto que se bajó; que entonces tomó posesion de todo el país en vista de haber herido gravemente al sol y de haberle obligado á ocultarse detrás de las montañas.»

Hay una leyenda mejicana todavía más curiosa, que viene á continuacion de una de las anteriormente citadas. Cuando el dios transformado en sol por haberse arrojado al fuego se levantó, quedóse tranquilo, pero entonces los demás dioses le enviaron un mensajero con orden de que se marchase.

«El sol respondió que no se iria, sino luego de haberles destruido. Espantados tanto como irritados de una tal respuesta, uno de ellos llamado Citli, tomó un arco y tres flechas y tiró sobre la cabeza inflamada del nuevo dios; pero el sol se bajó y cortó el golpe. A la segunda vez, Citli hirió al sol en su cuerpo y tambien á la tercera. Rabioso tomó el sol una de las flechas y la tiró contra Citle, á quien dió en la frente cayendo muerto en redondo.»

No es esto todo lo que nos cuentan las tradiciones mejicanas. Waitz, despues de haber expuesto los mitos solares, concluye diciendo que, «Quetzalcoatl fué primitivamente un hombre, un sacerdote de Tula, que se constituyó en reformador de la religion de los Toltecas, pero que fué expulsado por los partidarios de Tezcatlipoca.»

Para los mitólogos, esas leyendas, como las leyendas análogas de los Arias, son sin duda alguna, efecto de personificaciones, expresando de una manera figurada los actos del sol; parece que no tienen dificultad alguna en admitir que no solo los hombres han atribuido gratuitamente la naturaleza humana al sol, sino que tambien lo han identificado sin mayor fundamento con un hom-

bre conocido, con un sacerdote ó con un jefe. Sin duda alguna la tradicion mejicana, dada por Mendieta, de que «en otro tiempo habia cinco soles, y que los frutos de la tierra no germinaban, y los hombres perecian de inanicion,» que esta tradicion en cierto modo puede recibir una explicacion de acuerdo con su hipótesis. Pero la interpretacion que nosotros adoptamos, lo mismo que aquellas que más arriba hemos presentado, no implica que esas leyendas se hayan formado sobre puras ficciones; por lo contrario, implican, á despecho de las grandes transformaciones experimentadas, hechos por punto de partida. Aun cuando no tuviéramos prueba directa alguna que los mitos solares provienen de errores suscitados por relaciones relativas á personas reales ó á sucesos reales de la historia de un hombre, las pruebas sacadas por analogía bastarian para legitimar nuestra opinion; pero las pruebas abundan.

Una de las fuentes de esos mitos solares se encuentra en la aceptacion literal de expresiones figuradas relativas al acantonamiento de la raza, ó de su procedencia. Hemos visto ya que la confusion establecida por la tradicion entre el hecho de salir de un bosque y el de salir de los árboles que le componen, fué el punto de partida del culto dado á los árboles considerados como antecesores; tambien hemos visto que la narracion que hacia partir de una montaña lejana una emigracion de hombres se transformó, por la pobreza de la lengua, en una leyenda que hacia de la montaña el antecesor del pueblo. Pues lo mismo ha sucedido para los pueblos que se marcharon de una localidad señalada por el sol. Si recordamos lo que dejamos dicho de las ideas que los pueblos primitivos se forman del otro mundo, de donde vinieron sus abuelos, y á donde esperaban volver despues de su muerte, resulta que se le supone situado, ora al Oriente, ora al Occidente. Esto es así, porque cubriendo la salida y puesta del sol ángulos considerables á uno y otro lado del horizonte, sirven de punto de reposo, y el salvaje, con su falta de exactitud, se apresura á relacionar los puntos situados más al Norte ó más al Sud, por lo mismo que carece de medidas más precisas. «Donde se levanta el sol en el cielo, dice el americano del Centro, allí se encuentra la habitacion de los dioses, allí estuvieron sus antecesores;» esta creencia se encuentra tambien entre otras razas. Franklin, en su descripcion de los Dinnehs ó Tinnehs, dice que cada tribu ú horda, añade á su nombre el de un rio ó lago, donde caza, ó del país de donde en último término han venido. Los que vienen del fuerte Chipewyan se llaman ellos mismos *San-issandinneh*, «indios del sol levante.» Ahora bien; no estamos autorizados para sospechar que ese nombre de «indios del sol levante» dado á dicho lugar, en un pueblo de lengua primitiva, ¿tiene leyendas que consagraron la creencia